

Los desafíos para La familia Cristiana¹

*Cardenal Norberto Rivera Carrera
Arzobispo Primado de México*

LA EVANGELIZACIÓN DE LA SOCIEDAD PASA POR LA EVANGELIZACIÓN DE LA FAMILIA

INTRODUCCIÓN

Yo quisiera considerar en esta ocasión como la familia y precisamente el amor puede constituirse en ese ideal, en el motor que transforma la sociedad y que transforma a la misma Iglesia.

Un día unos fariseos se acercaron a Jesús para ponerle a prueba. La pregunta no se hizo esperar “¿Puede uno separarse de su mujer por cualquier motivo?”. Jesús les responde al estilo rabínico citando la escritura: “¿No han leído que el Creador desde el principio los hizo hombre y mujer y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos uno solo?”. La discusión prosigue con la cita de Moisés sobre la posibilidad de dar un acta de divorcio a la mujer para separarse de ella. Pero Cristo no se queda callado sino que vuelve a argumentar haciéndoles ver que al principio no fue así: “Moisés les permitió separarse de sus mujeres por la incapacidad de ustedes para entender los planes de Dios, pero al principio no fue así. Ahora yo les digo: El que se separa de su mujer, excepto el caso de unión ilegítima, y se casa con otra, comete adulterio”.

¹ Conferencia pronunciada en la Universidad Gabriela Mistral, Santiago de Chile, 6 de noviembre de 2000.

Las palabras del Señor son muy serias, muy exigentes, tanto que aquellos que lo escuchan dicen que es mejor no casarse si así están las cosas. Jesús ha puesto el dedo en la llaga: la razón de la concesión mosaica aparece clara: la dureza del corazón, la incapacidad de conocer el plan de Dios, y por eso se desfigura el plan original de Dios sobre el amor humano. Pero Jesús viene a traernos una nueva ley, la ley del amor, del amor que funda la familia (una sola carne) por encima o más allá de la propia familia de origen (dejará a su padre y a su madre).

Pareciera que esto tiene muy poco que ver con el tema que hoy nos ocupa y sin embargo está a la raíz de la reflexión hoy particularmente necesaria sobre la relación entre la evangelización, la sociedad y la familia, o como la familia puede transformar la sociedad y la Iglesia. Porque también nosotros como en tiempo de Jesús, nos encontramos con una pregunta como la que sus contemporáneos le hicieron. El mundo de hoy nos interroga sobre muchas cosas y nos pone a prueba, nos cuestiona sobre el sentido de la vida, sobre la pobreza, sobre la sexualidad, sobre el respeto a la vida no nacida, sobre la muerte, sobre la justicia social y el adecuado orden de la convivencia humana. A todas estas preguntas nosotros sólo podemos responder de modo auténtico no con nuestra palabra, con nuestros criterios, no con teorías que quizás nos parezcan avanzadas, sino que tenemos que contestar con la palabra de Dios, con el Evangelio, con el proyecto revelado por Dios desde un principio.

Y cuando la sociedad contemporánea nos pregunta por el matrimonio y la familia, nosotros hemos de proclamar con Cristo que el inicio de toda familia cristiana brota del amor que repara la debilidad humana con el Evangelio: Es la buena nueva que anuncia que el hombre y la mujer no son necesariamente esclavos de la dureza de su corazón, que sí es posible entender y vivir los planes de Dios sobre el matrimonio y la familia.

El evangelio que Jesús proclama a la sociedad de todas las épocas de la historia es la luz que viene a descubrir la verdad de las relaciones humanas, muchas veces esclavas de la dureza del corazón que tergiversa los mejores propósitos. La familia, que nace del designio creador y redentor, es el lugar privilegiado para enfrentar los criterios disgregadores, desde la verdad de su identidad, para construir la sociedad, como levadura en la masa, con la verdad del evangelio.

En las reflexiones que siguen quisiera compartir con Ustedes lo que significa la evangelización para esta sociedad en concreto y cómo la familia es el camino a través del cual pasa el encuentro del evangelio con el hombre de nuestros días.

I. LA NECESIDAD DE COMPRENDER LO QUE ES LA EVANGELIZACIÓN

Quizá una de las necesidades más serias de nuestra vida eclesial es la de llegar a captar el concepto de evangelización. Una palabra muy usada y que pocas veces nos sentamos a reflexionar y a sacar de ella todas sus consecuencias. Como decía Pablo VI, Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad.

Evangelizar por lo tanto no será otra cosa sino hacer que el evangelio se convierta en la vida, el criterio y el principio de construcción de la sociedad.

a.- El evangelio alma de la vida en todas sus dimensiones

Con frecuencia buscamos la respuesta a los principales interrogantes de la existencia en muchos de los grandes pensadores de la humanidad y dejamos que sus ideas nos iluminen para poder caminar en medio de circunstancias muy variadas. Sin embargo nos encontramos que ante las principales cuestiones de la vida, los seres humanos caminamos como ciegos, dando tropezones, cayendo, equivocando con frecuencia el camino. Cristo es el centro del mensaje evangelizador, Él es el punto de referencia de nuestra vida como cristianos: La evangelización también debe contener siempre -como base, centro y a la vez cúlmen de su dinamismo- una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios. Por desgracia muchas veces, aún entre nosotros los cristianos, a Cristo se le pone como uno más de los profetas, como uno más de los que han fundado una religión. Cristo para nosotros es el único Salvador, Él es la verdad, Él es nuestro camino y por lo tanto nosotros anunciamos a Jesucristo como el hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, que nos ofrece la salvación a todos los hombres, como

don de la gracia, como don de la misericordia. No es una salvación puramente inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad.

Asimismo el texto conocido de la constitución *Gaudium et Spes* es inmensamente revelador a este respecto:

En verdad los desequilibrios de los que sufre el mundo contemporáneo se unen a ese otro desequilibrio más profundo que está enraizado en el corazón del hombre... Por lo cual sufre en sí mismo una división de la que provienen tantas y tan graves discordias en la sociedad... Con todo, de frente a la evolución actual del mundo son siempre más numerosos los que se proponen y sienten con nueva agudeza los interrogantes más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el significado del dolor, del mal de la muerte, que siguen existiendo a pesar de todo progreso? ¿Cuánto valen las conquistas pagadas a un precio tan alto?... La Iglesia cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre, mediante su Espíritu, luz y fuerza para responder a su altísima vocación. Y no se ha dado en la tierra otro nombre a los hombres mediante el cual puedan ser salvos. Ella cree también que encuentra en su Señor y Maestro, la clave, el centro y el fin de toda la historia humana. (n. 10)

El Evangelio es el camino por el cual nosotros podemos iluminar todos los ámbitos de nuestra existencia. El Evangelio busca alcanzar y transformar los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación.

Por ello, debemos tomar el evangelio como criterio fundamental de nuestra existencia, hacerlo vida de nuestra vida. Cuántas situaciones familiares, sociales, personales, cambiarían si fuese el evangelio nuestra regla de acción, con qué riqueza podríamos nosotros vivir nuestra vocación cristiana dentro de la

Iglesia si el evangelio nos inspirase como fuente de nuestra generosidad, consuelo de nuestros dolores, luz de nuestras dudas.

b.- el evangelio criterio de examen e interrogación y de discernimiento

Ahora bien, si el evangelio debe ser el alma de nuestra vida, asimismo debe ser criterio de examen y de discernimiento de nuestro actuar. Hoy día nos preocupan muchos los criterios estadísticos, sociológicos, económicos, políticos. Y es verdad que todos ellos aportan una luz válida para entender y juzgar los comportamientos del ser humano. Sin embargo a la hora de juzgar las realidades de la fe, la respuesta del hombre a la llamada de Dios, la visión del cristiano sobre la sociedad y sus problemas esto no basta. Los criterios humanos nunca son suficientes para valorar adecuadamente si un comportamiento se ajusta al designio de Dios sobre el ser y el actuar del hombre.

Más aún con mucha frecuencia los criterios de la sociedad que nos rodean son no sólo diferentes, sino contrarios a los del evangelio. Cuando Jesús proclama las bienaventuranzas está poniendo de cabeza lo que los seres humanos consideramos que es la felicidad, para ponerla en Dios y en su Reino, cuando Jesús contrapone su "pero yo les digo" a los preceptos de la ley lo hace para llevarla a una altura y a una plenitud desconocidas. Por ello no podemos como cristianos reducirnos a lo que se comenta en nuestro entorno, pues Jesús nos advierte en el evangelio: "Tú piensas como los hombres y no como Dios". El cristiano, por lo tanto debe tener al Evangelio como punto de referencia, como criterio de examen y de discernimiento.

c.- el evangelio alimento de la vida en la construcción de sus valores

Por ello el evangelio es más que una filosofía bonita que se ve marginada a la calificación de buenos deseos. El evangelio se convierte en un proyecto de vida que toca todas sus dimensiones y desde el cual "se construye la casa sobre roca". Es la nueva ley que dirige los pasos del hombre en el camino de su existencia y en la toma de sus decisiones. La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpretación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta,

personal y social, del hombre. Precisamente por esto la evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo.

La evangelización debe buscar por lo tanto el convertirse en un proyecto de vida. Más que bonitas palabras, ha de producir frutos concretos que manifiesten como dice el apóstol Santiago con las obras la verdad de la propia fe. Esto supone una actitud interior de constante conversión, de no encerrarse en las metas ya logradas en lo personal, lo familiar y lo social y de estar siempre abiertos a las nuevas dimensiones del mensaje evangélico en el encuentro de cada generación con Cristo, bajo la guía segura del Magisterio de la Iglesia. Se trata por lo tanto de adquirir como dice *Iglesia en América*, un estilo o forma de vivir según las exigencias cristianas, la cual es "la vida en Cristo" y "en el Espíritu", que se acepta por la fe, se expresa por el amor y, en esperanza, es conducida a la vida dentro de la comunidad eclesial». En este sentido, por espiritualidad, que es la meta a la que conduce la conversión, se entiende no «una parte de la vida, sino la vida toda guiada por el Espíritu Santo».

II. LA SOCIEDAD A LA QUE SE ENFRENTA EL EVANGELIO

En este punto debo hacer una aclaración. Me voy referir a la situación de la sociedad en México, no me puedo referir a Chile porque desconozco totalmente su situación.

Ahora bien, el evangelio no se dirige a un grupo de personas aisladas, sino a quienes viven el hoy de un mundo en constante transformación, a hombres y mujeres marcados por el signo de una sociedad que con frecuencia no sólo rechaza sino que es indiferente al mensaje evangélico. Por ello les invito a que juntos reflexionemos unos instantes sobre la sociedad que recibe el evangelio, para descubrir, como nos dice el Señor, que a veces es tierra dura, otras esté llena de espinas o de piedras y que no siempre es la tierra buena que recibiría la semilla para dar el ciento por uno.

a.- sin trascendencia: una sociedad secularizada

Hoy vivimos en una sociedad secularizada, es decir, en una sociedad que ha perdido el sentido de Dios, de la trascendencia. Parecería que vivimos en un mundo que se acaba aquí abajo y que debe proyectarse sólo de cara a los años que nos son dados en esta corta vida. El materialismo se infiltra en nuestro modo de pensar y de obrar y contamina nuestra capacidad de ver todas las realidades con la luz de la fe. Así nos encontramos el fenómeno del consumismo como el anhelo inapagable de llenar nuestra insatisfacción espiritual de cosas materiales. Del mismo modo vemos la vida de los jóvenes abocada a satisfacer las necesidades más instintivas, carentes de una perspectiva de futuro y mucho menos de una orientación hacia lo espiritual. Esta secularización no deja de afectar a la Iglesia. La realidad sacramental no se entiende o en todo caso se rebaja a un subjetivismo espiritual que degrada por ejemplo la eucaristía a una vaga comunicación con el mundo de lo divino, el matrimonio a lo que las simples fuerzas humanas sean capaces de lograr, y a veces no es mucho, y el sacerdocio a una opción más de tipo social y terreno que la respuesta a una llamada de Dios a la configuración con Cristo Pastor y Evangelizador. Cómo afecta esto a las vocaciones en la iglesia, a las vocaciones a la vida matrimonial con muchos fracasos llenos de buenas intenciones y a las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa con una seria reticencia a entregar la vida con una perspectiva sobrenatural.

b.- sin jerarquía: una sociedad desestructurada

Otra característica de la sociedad moderna es la falta de estructura. Se ha perdido la capacidad de considerarse como miembro de una sociedad estructurada, llegando a un subjetivismo y a un individualismo exacerbado. La conciencia de lo social y del compromiso que en este sentido se tiene con los demás se vive desde los propios intereses, lo vemos en el florecer de organizaciones de la así llamada sociedad civil, frente al estado, que en muchos casos representan una visión particular y desvinculada del interés general. Esto lleva a la incapacidad del hombre moderno de entender el concepto de autoridad como servicio necesario en la sociedad y al mismo tiempo como servicio vinculante en el caso de la Iglesia. Si el hombre de hoy no siente el vínculo con ninguna autoridad, ¿lo va a sentir de cara al Magisterio eclesial? Esto nos lleva a una sociedad sumamente disgregada, incapaz de sostener a las personas que la constituyen,

incapaz de ofrecer certezas a sus integrantes. ¿No será ésta una de las fuentes por las cuales el hombre y la mujer de hoy no son capaces de entender el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia? ¿Cuándo vemos tantas reticencias para seguir el Magisterio de la Iglesia en este campo incluso por parte de ministros de la Iglesia, no estaremos siendo contaminados por esta realidad de nuestro mundo?

c.- sin valores: una sociedad despersonalizada

Una cultura que no entiende el papel de la estructura social acaba por no entender el significado de la persona que la constituye. Hoy día al tiempo que se proclama que el individuo es lo más importante, asistimos a un declinar del sentido del valor de la persona y de los valores de la persona. Cada vez vemos avanzar con más fuerza a quienes proponen un modelo de ser humano sometido a sus instintos y debilidades, lo vemos en la promoción de la incapacidad para la castidad entre los jóvenes, o de la imposibilidad de la fidelidad hasta la muerte entre los esposos. Cada vez vemos cómo progresa una mentalidad anti-vida, que es una mentalidad antihumana, no sólo en lo que se refiere a la difusión de una mentalidad inclinada a abrir espacios cada vez mayores al aborto en la sociedad, sino también en la promoción callada de métodos anticonceptivos artificiales que niegan la verdad de la plenitud de la donación entre los esposos. Parecería que la dignidad de la persona humana se acaba en sus derechos políticos y no llega hasta lo más humano de ella misma que es su relación familiar.

¿Cuánto vale un ser humano que ya no tiene valores? Sabemos que su dignidad no se puede perder, pero al mismo tiempo sabemos que cuando los valores ya no son el verdadero elemento rector de la sociedad y del comportamiento de las personas que la forman se reproducen los abusos que tienen el rostro de la inseguridad, la violencia intrafamiliar, la agresión a las convicciones religiosas de las personas, el menosprecio a los más indefensos en el campo moral como el caso de la pornografía infantil, el desprecio a quienes ya no son útiles económicamente como el caso de abandono y descuido de los ancianos, hasta llegar a la eutanasia.

d.- sin solidaridad: una sociedad sin compromiso

Del desprecio de la persona surge la sociedad insolidaria. Cuando no se reconoce en el otro la dignidad de hijo de Dios y de hermano, la única preocupación acaba siendo uno mismo y las propias conveniencias, se pasa del personalismo al individualismo. Así nos encontramos con una sociedad que no es capaz de comprometerse de modo firme con nada. Todo es de una provisionalidad espantosa: el amor permanece mientras no nos cansemos, la preocupación de los hijos tiene el límite de la propia comodidad, la inquietud por el pobre y el indígena mientras sirva a mi causa ideológica. Pero esto no es todo. También nos damos cuenta de que esta falta de compromiso afecta con seriedad a la vida eclesial. ¿Cómo establecer un crecimiento espiritual serio si no se está dispuesto a comprometerse en ello seriamente y nos conformamos con los sucedáneos que nos ofrecen los movimientos vinculados con el New Age? ¿Cómo cambiar seriamente de vida, si no estamos dispuestos a comprometernos en la necesaria conversión que pasa por el sacramento de la reconciliación recibido de modo individual y preferimos una genérica y falsa "confesión directa con Dios?" ¿Cómo vamos a tener más vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en la Iglesia, si no fomentamos la generosidad y el desprendimiento entre los hijos e hijas, sino que más bien les vamos enseñando a vivir una entrega a cuentagotas? Y una sociedad sin compromiso acaba siendo una sociedad sin solidaridad.

3. LA FAMILIA AMANECER DEL EVANGELIO EN LA SOCIEDAD

Ante esta situación ¿Habrà un lugar desde el cual comenzar la evangelización de la sociedad para que ésta supere la secularización, la desestructuración, la despersonalización y la falta de compromiso que la aquejan? De cara a una sociedad que corre el peligro de ser cada vez más despersonalizada y masificada, y por tanto inhumana y deshumanizadora, con los resultados negativos de tantas formas de "evasión" -como son, por ejemplo, el alcoholismo, la droga y el mismo terrorismo-, la familia posee y comunica todavía hoy energías formidables capaces de sacar al hombre del anonimato, de mantenerlo consciente de su dignidad personal, de enriquecerlo con profunda

humanidad y de insertarlo activamente con su unicidad e irrepetibilidad en el tejido de la sociedad.

En efecto las palabras de Juan Pablo II recogen una de las verdades más trascendentales. La familia no es sólo el lugar donde nacemos, es el lugar donde somos seres humanos, donde empezamos a vivir la dignidad de hombres y mujeres que nos es dada por nuestro creador. Es donde cada uno de nosotros recibe, como dice el Concilio Vaticano II la altísima vocación de ser hijos de Dios y hermanos en Cristo, miembros de la sociedad y de la Iglesia.

a.- la familia nace del designio creador y redentor: nace del evangelio

La familia por lo tanto no es una casualidad en el plan de Dios sobre el hombre. Es el inicio de la humanidad. Es Dios mismo quien crea la familia en el conocido texto del Génesis y ya citado al inicio de esta reflexión: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos uno solo?" El designio creador de Dios sobre la familia es sumamente hermoso (Gen 1,27-31): el hombre y la mujer son hechos a imagen y semejanza de Dios, los hace diversos para que se complementen en el misterio de la esponsalidad, los hace fecundos para que vean en la vida la bendición de Dios, les entrega el dominio responsable de toda la creación para que no sean esclavos de las cosas que los rodean. Sin embargo el pecado viene a trastocar esta realidad: la imagen de Dios se ve dañada por la cultura de la muerte; la esponsalidad por el dominio opresor de uno sobre otro, la fecundidad por el dolor de parto, signo de la carga que representa el hijo; el dominio sobre la tierra por la esclavitud para conseguir los bienes materiales. Hoy día este rostro de pecado tiene unos rasgos nuevos, muy particulares como nos recuerda *Iglesia en América*, son muchas las insidias que amenazan la solidez de la institución familiar en la mayor parte de los países de América, siendo, a la vez, desafíos para los cristianos. Se deben mencionar, entre otros, el aumento de los divorcios, la difusión del aborto, del infanticidio y de la mentalidad contraceptiva. Ante esta situación hay que subrayar «que el fundamento de la vida humana es la relación nupcial entre el marido y la esposa, la cual entre los cristianos es sacramental».

Sin embargo el designio creador se ve restaurado por el amor redentor de Dios que fecunda con su gracia el amor

humano: Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un "corazón nuevo": de este modo los cónyuges no sólo pueden superar la "dureza de corazón, sino que también y principalmente pueden compartir el amor pleno y definitivo de Cristo, nueva y eterna Alianza hecha carne. Así como el Señor Jesús es el "testigo fiel", es "sí" de las promesas de Dios y consiguientemente la realización suprema de la fidelidad incondicional con la que Dios ama a su pueblo, así también los cónyuges cristianos están llamados a participar realmente en la indisolubilidad irrevocable, que une a Cristo con la Iglesia su esposa, amada por él hasta el fin. (FC 20)

La familia vuelve a encontrar su verdad en la revelación de la Buena Nueva que Cristo trae. Más aún Él mismo quiere presentarse como el Esposo que da su vida por la esposa, para hacerla fecunda y restaurar la libertad de los hijos de Dios respecto a las realidades terrenas.

b.- la familia enfrenta los criterios disgregadores desde la verdad de su identidad

Si queremos que la sociedad vuelva a encontrar su identidad como comunión de personas y que el evangelio penetre la sociedad, no podemos prescindir de la familia. La familia no sólo es la primera que sufre los efectos de la sociedad, también es el canal necesario para su reconstrucción, porque la familia constituye el lugar natural y el instrumento más eficaz de humanización y de personalización de la sociedad: colabora de manera original y profunda en la construcción del mundo, haciendo posible una vida propiamente humana, en particular custodiando y transmitiendo las virtudes y los "valores". Como dice el Concilio Vaticano II, en la familia "las distintas generaciones coinciden y se ayudan mutuamente a lograr una mayor sabiduría y a armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social". (FC43)

La razón básica de esto radica en el principio que unifica a la familia, que es el amor. El amor es el inicio de la familia y al mismo tiempo su meta y su unificador. El amor en la familia es la explicación de la misma y la defensa más eficaz contra todas las fuerzas centrífugas que la amenazan. El amor en la familia es la respuesta a todos los conflictos, a todas las contrariedades, a todas las fragilidades, a todas las tentaciones de rutina y mediocridad.

humano: Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un "corazón nuevo": de este modo los cónyuges no sólo pueden superar la "dureza de corazón, sino que también y principalmente pueden compartir el amor pleno y definitivo de Cristo, nueva y eterna Alianza hecha carne. Así como el Señor Jesús es el "testigo fiel", es "sí" de las promesas de Dios y consiguientemente la realización suprema de la fidelidad incondicional con la que Dios ama a su pueblo, así también los cónyuges cristianos están llamados a participar realmente en la indisolubilidad irrevocable, que une a Cristo con la Iglesia su esposa, amada por él hasta el fin. (FC 20)

La familia vuelve a encontrar su verdad en la revelación de la Buena Nueva que Cristo trae. Más aún Él mismo quiere presentarse como el Esposo que da su vida por la esposa, para hacerla fecunda y restaurar la libertad de los hijos de Dios respecto a las realidades terrenas.

b.- la familia enfrenta los criterios disgregadores desde la verdad de su identidad

Si queremos que la sociedad vuelva a encontrar su identidad como comunión de personas y que el evangelio penetre la sociedad, no podemos prescindir de la familia. La familia no sólo es la primera que sufre los efectos de la sociedad, también es el canal necesario para su reconstrucción, porque la familia constituye el lugar natural y el instrumento más eficaz de humanización y de personalización de la sociedad: colabora de manera original y profunda en la construcción del mundo, haciendo posible una vida propiamente humana, en particular custodiando y transmitiendo las virtudes y los "valores". Como dice el Concilio Vaticano II, en la familia "las distintas generaciones coinciden y se ayudan mutuamente a lograr una mayor sabiduría y a armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social". (FC43)

La razón básica de esto radica en el principio que unifica a la familia, que es el amor. El amor es el inicio de la familia y al mismo tiempo su meta y su unificador. El amor en la familia es la explicación de la misma y la defensa más eficaz contra todas las fuerzas centrífugas que la amenazan. El amor en la familia es la respuesta a todos los conflictos, a todas las contrariedades, a todas las fragilidades, a todas las tentaciones de rutina y mediocridad.

Como dice Juan Pablo II: "La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer como esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el de vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas. El principio interior, la fuerza permanente y la meta última de tal cometido es el amor: así como sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas. (...) "El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente"(FC 18) Por eso Juan Pablo II ve en la familia el ambiente natural en donde se puede y se debe recibir y dar ese amor.

Por ello, ante todos los elementos que antes considerábamos como amenazas para la penetración del evangelio en la sociedad, la familia tiene una respuesta verdadera: ante la secularización, la familia se convierte en transmisora de la fe; ante la despersonalización, la familia no deja de reconocer a cada uno como único e irreplicable; ante la falta de estructura, la familia se levanta como la célula desde la que se puede reconstruir la sociedad, ante la falta de compromiso, en cada familia se vuelven a recordar las palabras que le dieron origen: "amarte y respetarte todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separe... Lo que Dios acaba de unir que no lo separe el hombre".

c.- la familia construye la sociedad con el evangelio: la levadura en la masa

Así pues la familia viene a ser el inicio de todo proyecto de sociedad: "la promoción de una auténtica y madura comunión de personas en la familia se convierte en la primera e insustituible escuela de socialidad, ejemplo y estímulo para las relaciones comunitarias más amplias en un clima de respeto, justicia, diálogo y amor (FC 43)". Al mismo tiempo, desde la familia se construye el plan de Dios sobre la Iglesia: Entre los cometidos fundamentales de la familia cristiana se halla el eclesial, es decir, que ella está puesta al servicio de la edificación del Reino de Dios en la historia, mediante la participación en la vida y misión de la Iglesia (...); múltiples y profundos vínculos (..) unen entre si a la

Iglesia y a la familia cristiana, y (...) hacen de esta última como una "Iglesia en miniatura" (Ecclesia doméstica) de modo que sea, a su manera, una imagen viva y una representación histórica del misterio mismo de la Iglesia (FC 49). Desde la familia se construyen la sociedad y la Iglesia. Desde la familia el evangelio llega a la sociedad y se vive en la Iglesia.

Los valores evangélicos son como el mismo Jesús dijo, una levadura en la masa. Esta levadura es en cierto sentido la familia, pues ella está insertada en la sociedad y la constituye y desde ella emanan los hombres y mujeres que han de vivir en sus relaciones mutuas los valores que aprendieron a llevar a la práctica en su familia: La familia posee vínculos vitales y orgánicos con la sociedad, porque constituye su fundamento y alimento continuo mediante su función de servicio a la vida. En efecto, de la familia nacen los ciudadanos, y éstos encuentran en ella la primera escuela de esas virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma (FC 42)

Para caminar en la evangelización de la sociedad, hemos de volver la mirada a la familia. No sólo, hemos de hacer un proyecto de familia cristiana que responda a las necesidades del mundo moderno, sino que sea íntegramente congruente con su vocación tal y como nos la muestra la Sagrada Escritura y nos la manifiesta el autorizado Magisterio de la Iglesia.

Siguiendo a "*Iglesia en América*" n. 46 podríamos destacar algunos puntos que sean las líneas maestras del trabajo en la familia para convertirla en fuente de evangelización en nuestras sociedades:

- Hay que volver a proponer en toda su verdad y dignidad una amplia catequización sobre el ideal cristiano de la comunión conyugal y de la vida familiar, que incluya una espiritualidad de la paternidad y la maternidad. De este modo podremos responder a todas las corrientes de tipo hedonista y egoísta que desfiguran grandemente el modelo de familia cristiana y la cierran a la donación mutua y a la transmisión de la vida.

- Para combatir el fenómeno del machismo y de ciertos aspectos de violencia intrafamiliar hay que prestar mayor atención pastoral al papel de los hombres como maridos y padres,

así como a la responsabilidad que comparten con sus esposas respecto al matrimonio, la familia y la educación de los hijos.

- Quizá de una forma muy particular tenemos que volver a cuestionarnos si estamos proponiendo de modo luminoso y claro la doctrina católica sobre el matrimonio a los jóvenes que se preparan a él. Muchas veces a mi solicitud de pastor llegan voces preocupadas por la falta de fidelidad doctrinal de algunos cursos prematrimoniales. Por ello, no debe omitirse una seria preparación de los jóvenes antes del matrimonio, en la que se presente con claridad la doctrina católica, a nivel teológico, espiritual y antropológico sobre este sacramento.

- El papel de los movimientos de familia debe ser revalorizado. En el ámbito de la fidelidad eclesial y de la comunión con el obispo diocesano, los movimientos de familia siguen siendo un válido instrumento para llevar a cabo la pastoral de la familia. En un Continente caracterizado por un considerable desarrollo demográfico, como es América, deben incrementarse continuamente las iniciativas pastorales dirigidas a las familias.

- Otro aspecto que se debe cuidar es que la familia siga siendo el lugar primario desde donde se transmite la fe de generación a generación. La familia está llamada a ser el ámbito en que los padres transmiten la fe, pues ellos «deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo».

- Asimismo en la familia tampoco puede faltar la práctica de la oración en la que se encuentren unidos tanto los cónyuges entre si, como con sus hijos. A este respecto, se han de fomentar momentos de vida espiritual en común: la participación en la Eucaristía los días festivos, la práctica del sacramento de la Reconciliación, la oración cotidiana en familia y obras concretas de caridad. Así se consolidará la fidelidad en el matrimonio y la unidad de la familia.

- Y como último aspecto, quiero resaltar una de las preocupaciones principales que hay en mi corazón de pastor: las vocaciones a la vida sacerdotal y consagrada. Es la familia el lugar donde se debe proponer, cultivar y proteger la nascente vocación eclesial de los hijos, sea a la vida matrimonial, pero también a la vida de total entrega a la Iglesia. En un ambiente familiar con estas características no será difícil que los hijos sepan descubrir su

vocación al servicio de la comunidad y de la Iglesia y que aprendan, especialmente con el ejemplo de sus padres, que la vida familiar es un camino para realizar la vocación universal a la santidad. Hago un llamado a todos los padres y madres de familia para que vuelvan a considerar la conducta y el criterio que tienen en este campo y abran con generosidad su corazón a la donación de sus hijos y de sus hijas al servicio del evangelio en la Iglesia. Una familia cerrada a las vocaciones consagradas es una familia cerrada a la verdadera evangelización.

IV. CONCLUSIÓN: EDIFICAR LA ESPERANZA DE LA FAMILIA ANTE LOS RETOS DE LA SOCIEDAD

Quisiera terminar estos pensamientos que he compartido con Ustedes con un llamado a la esperanza. Parecería que el reto es más grande que nosotros mismos, parecería que el camino es demasiado difícil como para poderlo recorrer. Sin embargo, el evangelio es la esperanza de que el bien y la verdad son más fuertes que el mal y la mentira que caracterizan con frecuencia a nuestra sociedad. En este camino no estamos solos. En este camino evangelizador la familia no está sola. Cristo Jesús, Hijo de María, en la familia de José, nos recuerda que Él está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Por ello hemos de edificar la familia en la esperanza para afrontar con entusiasmo los desafíos del mundo actual y los que el futuro pueda deparar. En el Evangelio la buena noticia de la resurrección del Señor va acompañada de la invitación a no temer (cf. Mt 28, 5.10). Al igual que la Iglesia, la familia y cada una de las familias ha de caminar en la esperanza, con una confianza serena en el Señor de la historia, para disponerse a traspasar el umbral del Tercer milenio sin prejuicios ni pusilanimidad, sin egoísmo, sin temor, ni dudas, en la vivencia fiel de la fe católica que nos ha sido entregada por la divina revelación.

Hemos de hacer que las familias tomen parte activa en las iniciativas evangelizadoras que el Espíritu Santo vaya suscitando de modo especial viviendo y transmitiendo a las nuevas generaciones la fe cristiana como un tesoro, y la oración en común. Si las familias católicas realizan en si mismas el ideal al que están llamadas por voluntad de Dios, se convertirán en verdaderos focos de evangelización.

Permítanme concluir mis palabras con un fragmento de la oración con la que Juan Pablo II quiso finalizar el gran documento guía de nuestro continente que es la "Iglesia en América" porque en ella se encierra no sólo la verdad, sino también la fuerza para hacer de nuestras familias lugares de evangelización de nuestra sociedad.

**Señor Jesucristo, Tú, que al hacerte hombre, quisiste ser miembro de una familia humana,
enseña a las familias, las virtudes que resplandecieron en la casa de Nazaret.
Haz que permanezcan unidas, como Tú y el Padre sois Uno,
y sean vivo testimonio de amor, de justicia y solidaridad;
que sean escuela de respeto, de perdón y mutua ayuda, para que el mundo crea;
que sean fuente de vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y a las demás formas de
intenso compromiso cristiano.**

Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América, ruega por nosotros!

Creo que para todos nosotros es claro que en el pensamiento de Juan Pablo II, en el pensamiento que nos ha sido revelado en la Sagrada Escritura la familia es el medio por el cual nuestro mundo puede cambiar. Los valores humanos que hacen posible la convivencia entre nosotros, nacen, se desarrollan en la familia. Ojalá que nosotros tengamos un proyecto muy concreto, cada uno en su propio campo de acción, para fortalecer esta célula de la sociedad, este elemento en el cual está la esperanza de la humanidad.

Muchas Gracias.